

A surreal landscape under a bright, hazy sky. In the foreground, a woman in a light-colored dress lies on the ground, her back to the camera, with a small pool of red liquid on her back. In the middle ground, a grand piano stands on a grassy field. In the far distance, a small figure of a person stands on the horizon. The overall color palette is dominated by light blues and greys, with a strong light source from the top left.

NO MIRES ATRÁS, AMOR

MANUEL
NAVARRO SEVA

No mires atrás, amor

Manuel Navarro Seva

Título: No mires atrás, amor
Autor: Manuel Navarro Seva
Editor: Manuel Navarro Seva
Diseño de portada: Sara García

Primera edición: Julio 2017

© Manuel Navarro Seva, 2017

Rights Info: Safe Creative, código 1706302795963

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes que se describen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es casual.

A mi hijo Manu

Introducción

Una noche de primavera del año 1983 muere asesinada en su casa de Madrid la reconocida pianista Alicia Pardo, con treinta y ocho años y una trayectoria brillante en el mundo de la música clásica.

La investigación policial, a cargo de los inspectores Contreras y Moreno, se alarga sin resultados satisfactorios por la falta de pruebas concluyentes.

Julián, único hijo de Alicia, se empeña en averiguar cómo era su madre, qué secretos guardaba, quién la mató.

Mientras tanto, el asesino de Alicia vuelve a matar.

Una novela de intriga tejida con el crimen, la música, la literatura y el amor.

«La noche en que mi abuela murió, lo primero que hice fue alargar la mano y cerrarle suavemente los ojos. Mientras le bajaba los párpados, los sueños que ella había abrigado a lo largo de setenta y nueve años se esfumaron en silencio, sin dejar rastro, igual que las gotas de un aguacero de verano revientan contra el asfalto de la calle.»

Escucha la canción del viento
Haruki Murakami

Personajes por orden de aparición

Alicia Pardo:

Madre de Julián Soler. Pianista.

Julián Soler:

Hijo de Alicia Pardo y Fernando Soler.

Fernando Soler:

Esposo de Alicia y padre de Julián. Escritor y profesor de Lengua y Literatura en la Universidad Complutense de Madrid.

Beatriz:

Amiga íntima de Alicia desde la etapa escolar.

Mariana:

Empleada del hogar en casa de los Soler.

Don Gonzalo:

Psiquiatra. Amigo de la familia Pardo.

Amelia:

Esposa de don Gonzalo.

Javier Contreras:

Inspector de la Policía Judicial.

David Moreno:

Inspector de la Policía Judicial.

Ferrer:

Inspector jefe de grupo de la Policía Judicial.

Emilio Pardo:

Padre de Alicia Pardo y esposo de Eva. Violinista y director de orquesta.

Eva:

Madre de Alicia Pardo. Cantante de ópera.

Espinosa:

Comisario jefe de la Brigada Central de Policía Judicial.

Daniel Steiner:

Amigo y seguidor entusiasta de Alicia Pardo. Empresario.

Andrés Castro:

Compañero de estudios en el Real Conservatorio de Música de Madrid y amigo de Alicia Pardo.

Teresa Feijóo:

Exesposa de Andrés Castro. Maestra.

Rosa:

Tía de Andrés Castro.

Gertrude Hoffmann:

Amante de Fernando Soler. Estudiante de Lengua y Literatura, profesora de inglés.

Alberto:

Hermano menor de Fernando Soler.

Mercedes:

Abuela paterna de Julián.

El Rubio:

Compañero de estudios de Julián en la universidad.

Sofía:

Hermana gemela del Rubio.

Esteban:

Amigo íntimo de Sofía. Profesor de la Facultad de Ciencias Exactas.

Quique:

Camarero del bar cercano a las dependencias de la Brigada.

María Lagos:

Amiga del Rubio, Sofía y Julián. Estudiante de Filología Inglesa, escritora.

José María Uriarte:

Personaje de la primera novela de Fernando Soler, esposo de Nerea Aguirre.

Nerea Aguirre:

Personaje principal de la primera novela de Fernando Soler.

Capítulo 1. Seis dedos

Año 1973

Alicia Pardo se hallaba tendida en la cama del paritorio. Acababa de dar a luz y aún estaba recuperándose del efecto de la anestesia cuando preguntó a la enfermera si había sido niño o niña, y si su bebé estaba sano.

—Es un niño muy guapo. Pesa tres kilos ochocientos cincuenta gramos y mide cincuenta y un centímetros.

—Pero ¿está bien? —insistió.

—Sí, no se preocupe, está muy bien.

—¿Por qué no me lo han dejado ver aún?

—El pediatra lo está examinando. En cuanto acabe, se lo traeremos y podrá conocerlo, acariciarlo y darle el pecho. Descanse, ha sido un parto difícil y largo.

El médico, que había acudido al instante a la llamada de la matrona, se llevó el flequillo hacia atrás con un gesto inconsciente de la mano y se recolocó las gafas en la nariz con el dedo índice. Reconoció en silencio al recién nacido en una habitación anexa a la sala de partos.

Cuando hubo terminado de explorarlo, salió de la habitación y fue en busca del padre, quien aguardaba ner-

vioso la noticia del alumbramiento en la sala de espera, fumándose un cigarrillo.

El doctor saludó a Fernando y le dijo:

—¡Enhorabuena! Ha tenido un niño de casi cuatro kilos.

—¿Mi mujer y el bebé están bien, doctor?

—Sí, sí, los dos están bien. Aunque debo comunicarle que su hijo ha nacido con una polidactilia.

—¿Una polidactilia?!

—Sí, una malformación congénita: tiene seis dedos en cada mano.

—¿Seis dedos?! ¿Por qué? ¿Cuál es la causa, doctor? —inquirió Fernando Soler abrumado por la noticia.

—Mire, se trata un tipo de alteración genética que puede producirse de manera espontánea, durante el desarrollo del embrión, en casi un cincuenta por ciento de los casos, o transmitirse de padres a hijos en el otro cincuenta por ciento. No es un defecto tan raro, se da en uno de cada mil niños que vienen a este mundo.

Fernando movió la cabeza de izquierda a derecha sin lograr comprender por qué le había ocurrido una cosa así a su propio hijo.

—Supongo que se podrá solucionar mediante cirugía, ¿no, doctor?

—Por supuesto que sí, pero hay que tener en cuenta que los seis dedos de cada mano están perfectamente constituidos y, aunque hay solución quirúrgica para extirpar el sexto dedo, en principio no se la recomiendo por su

complejidad y posibles secuelas para el resto de la mano. A su hijo no le causará ningún problema funcional.

Fernando asintió todavía turbado.

—Sin embargo, más adelante tendremos que someter al niño a unas pruebas médicas para descartar que existan otros problemas asociados con esta afección —añadió el médico.

—¿Qué otros problemas?

—Lo más probable es que se trate de una incidencia genética aislada cuyo único síntoma sea la polidactilia, pero puede haber alguna otra dolencia asociada a esta.

—¿Otra dolencia asociada? ¿Qué quiere decir?

—No se inquiete antes de tiempo. En el examen que le he practicado a su hijo no he observado ninguna otra malformación física. Lo más probable es que no encontremos nada. Sin embargo, debemos hacerle pruebas para descartar cualquier otra complicación que pudiera existir.

Fernando meneó la cabeza asintiendo y miró al doctor con expresión grave. Se despidió de él, encendió un cigarrillo, trató de serenarse y unos minutos después fue en busca de su mujer, que ya había sido trasladada a una habitación de planta.

Durante el tiempo que transcurrió desde el parto hasta que le llevaron a su bebé, Alicia imaginó que algo raro estaba sucediendo, no le parecía normal que aún no le hubieran dejado ver a su hijo.

Mientras el pediatra hablaba con Fernando, una enfermera entró en la habitación de Alicia con el niño en brazos, que no dejaba de llorar de hambre. Lo depositó con

delicadeza en el regazo de su joven madre, y esta lo besó, le acarició la carita y acercó la boca del neonato a su pecho. Julián se agarró al pezón y comenzó a succionar con fuerza. Alicia nunca pensó que podría llegar a experimentar aquella intensa emoción y tanta ternura por su hijo.

De repente descubrió sus manos y comprobó que tenía seis dedos en cada una. Se los besó y prorrumpió en un llanto inconsolable. De su boca no podía salir ni una sola palabra, solo gemidos entrecortados. Fue entonces cuando notó cuánto le dolía todo el cuerpo.

Fernando llegó en ese momento a la habitación y besó a la madre y al niño. Felicitó a su mujer y trató de consolarla.

—¿Has hablado con el doctor? —le preguntó Alicia limpiándose las lágrimas de las mejillas con la mano.

Le dijo que sí y le contó lo que le había explicado el pediatra.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mi hijo tiene seis dedos? ¿Por qué le ha ocurrido a él? —dijo Alicia, y volvió a llorar.

Fernando le cogió una mano y se la besó. A él también se le humedecieron los ojos.

Cuando el niño quedó satisfecho, dejó de mamar. Se durmió y Fernando lo tomó de los brazos de Alicia y lo colocó en la cuna para que ella descansara.

Al día siguiente los abuelos acudieron a la clínica a conocer al recién nacido. Las abuelas le entregaron a Alicia un precioso ramo de flores que Fernando colocó en agua en sendos recipientes que había pedido prestados a una enfermera. Alicia les explicó que Julián había nacido con

seis dedos en cada mano antes de que ellos pudieran advertirlo.

Tres días después del parto les dieron el alta médica y regresaron a su casa, situada en el tercer piso de un edificio de la calle Francos Rodríguez, con la alegría de que todo había salido bien, aunque preocupados por el problema de las manos de Julián. Quedaba aún por saber si estaba afectado, o no, por alguna otra malformación. Pero Fernando no le había querido decir nada a su mujer sobre este asunto con tal de no preocuparla más de lo que ya estaba.

Alicia dedicaba el día y la noche al cuidado de su hijo. No lo perdía de vista ni un solo minuto, como si temiera que alguien se lo robara. Había comenzado a aceptar aquella particularidad con la que había nacido su hijo. Fernando también la había asumido. No obstante, ambos padres tenían el propósito de consultar más adelante otra opinión sobre los pros y los contras de someter a Julián a una operación para amputarle el dedo sobrante. Ahora era el momento de disfrutar del niño, que estaba precioso. Dormía como un bendito y mamaba con una fuerza inusitada. A Alicia se le habían agrietado los pezones, y le dolían cuando su hijo se agarraba a ellos, pero eso no era ningún problema en comparación con la felicidad que le proporcionaba el contemplar al pequeño chupando con ganas de su pecho. Lo alimentaba bajo demanda, sin importar el dolor ni la hora que fuera, disponía de mucha leche. Fernando les hizo varias fotografías para perpetuar aquel momento tan especial.

Habían transcurrido unos meses cuando, un día, Fernando le comentó a Alicia que era preciso practicarle a Julián unas pruebas médicas.

—¿Unas pruebas? ¿Por qué? —dijo ella, arrugando el entrecejo.

—Para descartar otros posibles problemas asociados a su malformación.

—¿Qué otros problemas?

—No lo sé, Alicia. Es una cuestión preventiva. El doctor me dijo que lo más probable es que no encuentren nada, pero deben hacerle más pruebas.

—¿No me estarás ocultando nada?

—No. De verdad que no.